

XVII

LA DICTADORA

Avanzaba la noche. Un aura impregnada de fría humedad oreaba la sudorosa frente de César. Miraba á aquella mujer á quien tanto había adorado, y que se le ofrecía como nunca radiante y como nunca espléndida, y sentía flaquear su energía y debilitarse sus firmes propósitos. Sentía el deseo invencible, el ardiente afán de coger con sus manos aquella cabeza ornada de bucles, de acercarla á sus labios ardientes y evaporar con ellos las lágrimas que asomaban á las hondas y brillantes pupilas; de estrechar aquella figura tan deseada contra su corazón y retenerla allí para siempre, para defenderla de todos y contra todos y desafiar, si fuere preciso, dueño ya de su felicidad terrenal, á hombres y á dioses.

Pero luego elevaba la vista al cielo, y ante la majestad soberana de lo infinito, ante la reposada

marcha de los astros, le parecía todo mezquino, su debilidad más odiosa, su defeción más aborrecible. Sólo una cosa era digna de amor: lo Eterno; sólo merecía adoración un concepto incorpóreo, una idea abstracta, inmaterial, pero que parecía encarnar en las constelaciones y flotar en el espacio insondable: lo Absoluto.

Quiso levantarse y Octavia le retuvo. Sostenía una lucha desesperada. Todavía quería decirle algo que no acertaba á formular. Aun había en su mente una idea que no acertaba á tomar cuerpo. Se adivinaba que era invencible y que su tenacidad no podría ser dominada sino con la bárbara destrucción y el aniquilamiento completo.

— Oye — le dijo estrechando nerviosamente su mano: — los hombres no podéis comprender jamás el corazón femenino. Porque, en vosotros, la reflexión domina, mientras que en nosotras el instinto se impone. ¿Crees que puede ser por vicio, ni aun por amor siquiera, por lo que te ruego con tanta insistencia? No. No soy yo; es la naturaleza entera quien te llama. Siento que, como tú, sería capaz del sacrificio; pero hay algo que está sobre mi voluntad, conozco que en este momento no soy libre, que soy esclava, como la piedra que cae en el abismo, como la corriente eléctrica que circula por los alambres. ¿Tan débil y miserable me juzgas que mi orgullo y vanidad de mujer no se subleva ante tu insensata repulsa? No, César, no.

Es que hay algo más poderoso que mi voluntad que me obliga á arrastrarme á tus plantas. Y ya lo ves — dijo cayendo de rodillas ante César casi desvanecido: — aquí estoy, á tus pies, despreciada, humillada, cubierta de sudor y de polvo, esperando que me rechaces como á un objeto inútil ó que me aplastes como á un gusano. Porque siento algo como un llamamiento, como un imperioso mandato, que no me es dado desoir y que no encuentro medio de rechazar.

Un espectador frío hubiera podido ver una sombra adelantarse por entre un macizo de geráneos y evónimus y abrirse paso entre los ramajes. César y Octavia estaban demasiado abstraídos, sobrado ciegos para observar estos detalles.

— ¡César, César! — sollozó Octavia. — ¡Ten compasión de mí!

César vaciló é hizo un esfuerzo supremo. Separó á Octavia y quiso alejarse.

— ¡No me dejes! — sollozó la culpable abrazándose á sus rodillas. — ¡Maldito una y mil veces tú si me dejas!

Súbitamente quedaron ambos sobrecogidos. Ante ellos, pálida, amenazadora, medio desnuda, empuñando un arma en la diestra, se elevaba como un espectro la rígida figura de Enrique.

Había en su expresión algo implacable. César abrió los brazos y colocóse en cruz para recibir el disparo.

— No: á usted no — dijo seca y fríamente el marido ultrajado; — ¡á ella!

Huyó Octavia guareciéndose tras los troncos y su esposo la persiguió, inalterable, sin piedad, frío, como un cazador persigue á un cervato.

La infeliz huía, asustada, convulsa. Sabía que Enrique era implacable; que sería vano implorarle perdón.

Era un terrible ojeo á la luz de la luna. César, horrorizado, lleno de estupor, había quedado inmóvil como atacado de parálisis.

Por fin Octavia, huyendo del vengador, llegó á guarecerse de nuevo hasta los brazos de su amante.

— ¡Sálvame! — murmuró á su oído, con un acento de infinita angustia. — ¡Soy madre! ¡Llevo un hijo tuyo en mis entrañas!

Ante aquella revelación, experimentó César una sacudida impensada, terrible. Como respondiendo á un brusco llamamiento, sintió en aquel instante el mandato imperioso de la Naturaleza, la imposición suprema de la Dictadora. En el momento de presentarse de nuevo Enrique, se interpuso entre él y la víctima.

— ¡Atrás! — dijo con acento imperioso.

— ¡Miserable bandido! — gritó Enrique. — ¡La defiendes por fin! ¡Reconoces tu culpa!

— ¡Atrás he dicho! — repitió César, sujetando á Enrique por un brazo, como pudiera sujetarle un círculo de hierro.

— ¡Pues bien; á ti! — rugió el esposo ultrajado, levantando con la otra mano el arma á la altura de la frente del sacerdote.

Antes de que pudiera disparar, un vigoroso puñetazo le hizo rodar hasta una distancia de diez pasos.

Levantóse la fiera. Al punto disparó y la bala pasó sobre la cabeza de César á incrustarse en un olmo que elevaba el rugoso tronco á su espalda.

Volvió á acercarse César, y un nuevo puñetazo en la frente hizo caer á Enrique, con estrépito, tronchando con su cuerpo un macizo de pequeños arbustos.

— ¡Me has muerto! ¡Socorro, compasión! — murmuró el vencido después de un momento de silencio y con voz desfallecida y ronca.

César tuvo piedad y acercóse sin temor al herido.

Pero éste no lo estaba gravemente, y, antes de que su víctima pudiera evitarlo, dando un salto felino, se puso en pie y sepultó hasta el mango en su corazón la hoja tersa de un agudo puñal.

Esta vez quien cayó fué César. Cayó como un gigante que se desploma y quedó en tierra sereno, tranquilo, sonriente al recibir sobre sus labios los labios de fuego de la mujer amada; como si al dar su vida por la especie, al obedecer á la DICTADORA, hubiera satisfecho sus ansias y cumplido su más alto y glorioso destino.